

La oficina y el hogar

Al entrar a su oficina, el señor Hollinger miró severamente a su secretaria, la señorita Florencia Keller, y ella contestó a esa mirada con otra en la cual se combinaban la deferencia y la buena voluntad. Su mano derecha sostenía el lápiz destinado a transcribir las órdenes del jefe; su cabeza graciosa y sencillamente peinada estaba inclinada hacia un lado como para que su oído no perdiera ni una sola de las valiosas palabras que el señor Hollinger iba a pronunciar.

La mirada severa del señor Hollinger no se dirigía a la señorita Keller, de quien tenía un alto concepto; hacía cinco años que era su secretaria y desempeñaba su puesto con tal acierto y perfección, que su jefe la consideraba como uno de los factores principales de su éxito en los negocios. Y al entrar a su escritorio se preguntaba a sí mismo cómo era que en la oficina todo se realizaba según sus órdenes, mientras que en su casa, ni siquiera eran tomados en cuenta sus deseos.

Estaba aún bajo la mala impresión que le dejara el momento del desayuno. Su hijo y su hija habían discutido, según su costumbre. La cocinera había quemado los bizcochos, la mucama había derramado el café sobre el mantel, y su esposa se había quejado amargamente de los sirvientes modernos y de la carestía de los víveres. Y esto no era sino una muestra de todos los desayunos del año en la casa del señor Hollinger. Lo peor, era pensar que lo esperaba otro tanto a la hora de la comida. Robertito estaba siempre anuradísimo y deseaba cenar temprano para salir después; Anita llegaba tarde porque había estado en fiestas o recepciones. La señora de Hollinger, tan amable fuera de casa, aburría a su esposo con sus eternas lamentaciones.

El pobre Hollinger amaba a su esposa y se hubiera

sentido muy feliz si al llegar a su casa por la noche hubiese podido conversar con ella placidamente. Pero eso parecía un sueño irrealizable; Margarita se lamentaba continuamente de algo y esa manía aumentaba con los años. Y no era otra cosa que manía, porque una mujer todavía joven y atrayente, que ama a su esposo tanto como él a ella, cuyos hijos son buenos y afectuosos que tiene tanto dinero como necesita, debe ser feliz. Y ella lo era, pero tenía esa costumbre absurda de concentrar demasiado su pensamiento en los pequeños detalles de la vida diaria.

El señor Hollinger llegó a su despacho esa mañana pensativo y malhumorado. Tras un momento de silencio, interrogó resueltamente a su secretaria.

—Señorita Keller, ¿dónde vive usted?

La señorita Florencia no pareció extrañarse de una pregunta tan insólita. No era una de esas empleadas que creen que su trabajo se limita a tomar notas taquígraficas y luego transcribirlas a máquina. Era una verdadera secretaria y comprendía que además de las tareas de la oficina, debía llevar cuenta de los gastos particulares de su jefe, elegir los regalos para el santo o el aguinaldo de su esposa, recordarle la fecha del cumpleaños de su madre, y la hora de tal o cual compromiso social.

En este caso le contestó sencilla y naturalmente, adivinando que el señor Hollinger tenía algún punto que aclarar.

—Tengo un departamentito de dos habitaciones y tomo pensión en otro departamento frente al mío, donde vive una familia amiga.

—Muy buena idea—observó Hollinger.—Deese modo está sola y tranquila el resto del tiempo.

—Precisamente; y también es muy conveniente para

ellos, porque reservan sus quejas y sus discusiones para cuando yo no estoy y de ese modo están tranquilos a las horas de las comidas.

—¿De manera que, según usted, siempre hay quejas y discusiones a las horas de las comidas?

—Siempre no, naturalmente, pero bastante a menudo—contestó sonriendo la señorita Florencia.—La familia es como la mayoría de las instituciones humanas: no es perfecta, y tenemos que pagarle un tributo en cambio de lo que nos da.

—¡Ya lo creo que no es perfecta! asintió Hollinger con tono amargo.

—En el fondo, usted piensa que no hay nada mejor—observó la señorita Keller, hablando de este asunto personal con la misma naturalidad que si conversara de negocios.—Reconoce que tiene una esposa encantadora, un hijo muy estudioso, una hija ejemplar, usted mismo lo dice a veces. Pero no debe olvidar que los lazos que unen a los diferentes miembros de la familia son tan íntimos que tanto las cualidades como los defectos quedan completamente al descubierto y cada uno expone sus problemas y sus dificultades a los demás, del mismo modo que les hace participar de sus alegrías.

—Usted habla—le dijo Hollinger—con la hermosa filosofía de quien está libre de esos trastornos. Lo que me sorprende es el sinfín de problemas y de dificultades que existen, y las pocas alegrías de que participamos. Pero, ¿no le parece que debería haber algunos intervalos de tranquilidad?

—Naturalmente, debe haber intervalos, y los hay en la mayoría de las familias, pero ocurre a veces que tanto los hombres como las mujeres tienen, sin darse cuenta, la costumbre de encontrar defectos en todo, y hablan continuamente de ellos, reales o imaginarios.

—No crea que... No quisiera darle la impresión de que...—dijo Hollinger titubeando.—Supongo que mis años tienen la culpa; cumplí cuarenta y cinco ayer, y sin duda veo las cosas de otra manera que antes. Son tonterías.

—Me parece que no son tonterías, señor Hollinger. Con todo el trabajo y la responsabilidad que usted tiene, sería muy justo que al regresar a su casa hallara la amable tranquilidad que necesita.

—No sé por qué he dicho todo eso—respondió Hollinger.—Estaba fastidiado y he hecho una montaña con un puñadito de arena... Bueno, vamos a ver, este asunto de Dickmann y Cia...

Y la conversación quedó en eso.

Fue un día de mucho trabajo; la señorita Keller tenía sobre su mesa una pequeña montaña de cartas para contestar y Hollinger debía ver a varios clientes fuera de la oficina. Estas entrevistas no resultaron muy satisfactorias, y aunque no fueran negocios de gran importancia, Hollinger se sintió desanimado por el poco éxito de ese día. Eran casi las siete cuando quedó libre y entonces empezó a meditar: o iba a su casa y oía el eterno recital de lamentaciones, o hablaba por teléfono a su esposa diciéndole que se quebaba a cenar en el club, debido a algún negocio interesante que requería su presencia en el centro. No le agradó la idea de mentir, y tras un instante de duda y un profundo suspiro, se levantó lentamente de su sillón, se puso el sobretodo y el sombrero, y salió de su oficina sin apresurarse.

Se dirigió lentamente hacia la estación del subterráneo y por esa misma lentitud que el desgano imparcía a todos sus movimientos, encontró el trayecto hasta su casa extraordinariamente corto.

Entró al vestíbulo y se asombró del silencio reinan-

te. Sin duda sus hijos no estaban en casa, porque si no Robertito estaría ensayando un nuevo disco en el gramófono y Anita haciendo una minuciosa descripción de algún vestido o sombrero, o explicando las probabilidades de éxito de alguna fiesta a la cual deseaba concurrir. Aun más sorprendido quedó cuando se dio cuenta de que había llegado a su dormitorio en el primer piso sin que Margarita le hubiera interrumpido el paso para contarle que la cocinera se había ido o que la mucama había tenido un ataque de nervios.

Su dormitorio estaba iluminado; había un hermoso fuego en la chimenea, al lado de la cama estaban sus zapatillas, sus zapatos, un par de medias; sobre la cama estaba preparaba toda su ropa, ¡hasta con los gemelos colocados en la camisa! En el cuarto de baño también había luz y el calefón estaba encendido. Le pareció comprender; había una comida especial con muchos invitados y le habían preparado todo para no se atrasara.

Suspiró; debía ser algo muy importante; hacía muchos años que su ropa no le había sido preparada. Siempre se cambiaba al llegar de la oficina, pero lo dejaban que se arreglara solo y no era tarea fácil buscar lo que necesitaba, desde que Robertito había adquirido la costumbre de apropiarse de las corbatas y camisas favoritas de su padre.

Mientras reflexionaba de este modo, sus ojos advirtieron un trozo de papel, con unas cuantas palabras escritas por su esposa; decía así:

«La comida a las ocho y media. No hay apuro. No hay visitas».

Miró el reloj: las ocho menos cuarto. Tres cuartos de hora para bañarse y vestirse; no necesitaba apresurarse. No había visitas, ¡qué felicidad! Pero entonces, ¿qué significaba todo eso? Con seguridad Margarita debía tener algún plan que necesitaba su aprobación; algo

para ella o para Anita, o tal vez para las dos. Posiblemente un viaje a Europa o el retrato de Margarita pintado por ese artista que cobraba sumas fabulosas, porque su nombre estaba de moda. Sea lo que fuese, la tranquilidad que reinaba en su casa lo valía, y por cierto bien.

Encontró a la familia reunida en el «livingroom»; su esposa y su hija sentadas, mientras Robertito de pie, de espaldas al fuego, conversaba en tono amable con su madre. Los tres sonrieron agradablemente al verlo llegar, y la señora le dijo:

—¡Ah! ¿Ya estás, querido?

Pasaron al comedor, donde no hubo la menor dificultad con el servicio; la misma mucama que había volcado el café por la mañana parecía haber aprendido su obligación en pocas horas como por arte de magia. La comida estaba excelente. La señora conversó con animación de una pieza de teatro que habían visto Anita y ella por la tarde. Robertito y su hermana bromeaban en tono afable y no parecían tener prisa por salir. Llamaron al joven por teléfono, pero en lugar de precipitarse hacia el aparato como de costumbre mandó contestar por la mucama que llamaría él dentro de una hora, pues estaba ocupado en ese momento.

Hollinger no sabía bien si estaba despierto o soñando; esa paz ideal le era tan desconocida! Más reflexionaba, más le parecía cerciorarse de que todo eso era la preparación de un amable asalto a su bolsillo.

Después de cenar, pasaron a la biblioteca; allí se instaló en su sillón predilecto y se dispuso a leer el diario. Habitualmente esto era la señal para que empezara un interminable monólogo por parte de Margarita, pero esta vez escogió un libro en el estante de las novelas

y pareció interesarse muchísimo en su lectura. Hollinger no podía leer; estaba preocupado y sentía curiosidad; ¿qué iba a decirle su mujer? Sonreía maliciosamente detrás del diario, satisfecho de su perspicacia: Margarita iba a pronunciar un discurso, cuya conclusión sería un gasto enorme.

Pero sí esa era la verdad, por lo menos no se enteró de ello esa noche; llegó la hora de retirarse sin que nadie hubiese interrumpido ese silencio bienhechor. Los jóvenes habían salido de la biblioteca sin hacer ruido y Hollinger pensó: —Dejan el campo libre para que su madre me hable ahora, de modo que tenga toda la noche para reflexionar.

Tampoco nada; Margarita lo acompañó hasta su dormitorio, y se iba a despedir cuando su esposo la detuvo:

—Margarita —dijo en voz baja— ¿estás enferma?

—No, Roberto, me siento bien. ¿Tengo mal semblante?

—No, al contrario, estás muy bonita esta noche.

Suspiró aliviado; porque de repente le había asaltado una duda horrible. Creyó que todo ese cambio era debido a que Margarita se había enterado ese día de alguna enfermedad grave que padecía, sin haberlo sabido hasta entonces; tal vez tuviera que someterse a una seria operación, y se habían concertado los tres para ocultárselo. Pero la respuesta tranquila de su esposa y su mirada franca eran prueba de que no había nada de eso.

Así transcurrió una semana entera. Roberto Hollinger era un hombre feliz; su esposa era cada día más atenta y cariñosa, parecía haberse corregido para siempre de la manía de las lamentaciones; sus hijos salían menos, estaban en casa a la hora de las comidas y no tenían prisa en levantarse de la mesa; las sirvientas

cumplían con sus obligaciones sin dar lugar a ningún reproche.

Una vez, durante esa bienhadada semana, Robertito invitó a toda su familia al teatro; eso era un acontecimiento sensacional, pero Ana y Margarita no parecieron asombradas. Otra noche, fue la señora quien propuso que ella y su esposo fuesen a ver una comedia de gran actualidad, mientras Anita y su hermano, entre los cuales las discusiones no existían ya, se dirigían a un baile.

Por la noche del octavo día, cuando Margarita acompañó a su esposo hasta su dormitorio, no pudo contenerse ya, y estallando en sollozos, le preguntó:

—Roberto, ¿te sientes algo descansado, querido?

—Sí, Margy, entra un momento.

La condujo hacia un cómodo sillón, se sentó frente a ella y le dijo:

—¿Te afligiste por mi salud?

—¡Oh! sí, Roberto, no quise demostrártelo, pero me asusté mucho cuando la señorita Keller me dijo que te hallabas tan mal!

De modo que ésta era la clave del misterio; ahora se trataba de saber lo que había dicho la señorita Florencia.

—«Tan mal» es un poco exagerado, pero en fin...

—Sí, la señorita Keller me dijo que todavía no estabas grave, pero que podías empeorarte a menos que todo fuera paz y tranquilidad a tu alrededor; me aseguró que ella podía conseguirte eso en la oficina, y que los chicos y yo debíamos hacerlo en casa. Hemos cumplido ¿verdad, querido?

—Ya lo creo, Margy, han cumplido muy bien, y me siento muy mejorado. Sólo lamentó que la señorita Ke-

ller te haya hecho afligir, tal vez haya exagerado un poco.... ¿Qué día te habló? ¿El lunes?

—Sí, el lunes; era por la mañana y cuando me anunciaron su visita acababa de tener un gran disgusto con la cocinera nueva; estaba nerviosísima, pero después que la señorita me habló de ti, comprendí cuán absurda había sido hasta entonces de concentrar tanto mi pensamiento en esas pequeñeces, ¡cuando lo único importante eres tú, Roberto!

—¿De modo que te dijo que yo me sentía mal? Le había rogado que no te lo comunicara.

—Hizo bien; se lo agradezco con toda mi alma. Lo único que me aflige.... Roberto, mientras estamos conversando de esto, quiero decirte algo; después no te lo mencionaré más. Me parece que deberías saberlo; no lo tomes a mal... ¡la señorita Florencia está enamorada de ti!

—¿Qué?—dijo Hollinger con voz sorda frunciendo el entrecejo en un gesto de profundo disgusto.—Estás fuera de tu juicio, Margarita?

—¡Oh!, no te pongas nervioso, ¡te hace tanto daño! ¡No lo tomes así! Ya sé que tú no te lo imaginabas, que tal vez no lo sepa ella misma, y además es una chica seria y buena, y no hará nunca lo que no debe. ¿Pero cómo quieres que sea de otro modo? Hace cinco años que te ve todos los días; es inevitable. No estoy enojada por eso, Roberto, solamente me da lástima pensar que va a sufrir.

Hollinger se reclinó en su sillón con un gesto desanimado. La paz, esa hermosa paz que había disfrutado durante una semana, iba a desaparecer. Por más que Margarita prometiera no hablar más de ese asunto absurdo, él comprendía que lo tendría continuamente en la imaginación y que no le sería posible dejar de mencionarlo. Era un nuevo martirio que reemplazaba al antiguo. Hu-

biera sido preferible que las cosas quedaran como antes.

En tono severo habló a su esposa.

—Margarita; lo que has dicho es un desatino enorme; es una locura; es un insulto hacia la señorita Keller, hacia mí y hacia ti misma.

—Pero, ¡yo no lo he dicho por mal! No te agites, no te pongas nervioso, ¡te vas a empeorar! Quiero que comprendas por qué te lo he dicho; pero te prometo no hablar más del asunto.... ¡Te juro que ni siquiera volveré a pensar en ello!

Hollinger se inclinó, besó a su esposa en la frente y le dijo con tono más suave:

—Está bien. No hablaremos más de eso. Es una idea demasiado absurda para que merezca fijar en ella el pensamiento.

Pero cuando Margarita se hubo retirado a su habitación, Roberto concentró su pensamiento en lo que acababa de oír. Comprendía que su esposa, a pesar de su promesa y de toda la voluntad que pusiera en ello, no podría dejar de pensar en lo que ella creía cierto. Eso significaba que tarde o temprano la señorita Keller debería retirarse; y puesto que era inevitable, cuanto antes, mejor. En todo caso, era prudente hacerle comprender que había cometido un gran error al inmiscuirse en sus asuntos domésticos.

No fue sino bastante tarde al día siguiente, cuando encontró tiempo para hablar del asunto con la señorita Florencia.

—Tengo entendido—empezó diciendo con tono indiferente—que ha tratado usted de mejorar mi existencia doméstica.

La secretaria se sonrojó un poco, pero su voz era tranquila al responder:

—De modo que su señora se lo ha dicho; hubiera preferido que usted lo ignorara por un tiempo.

—¿Que lo ignorara por un tiempo? ¿Por qué?

Para que fuera algo así como mi regalo de despedida.

—¿De despedida, señorita Keller? ¿Se retira usted?

—¿No había adivinado, señor Hollinger, que yo tendría que abandonar mi puesto dentro de poco tiempo?

Hollinger no se atrevía a responder; en efecto, él había pensado eso la noche anterior, pero no podía decirselo, ni pensaba repetirle la conversación que había tenido con su esposa.

La señorita Florencia prosiguió:

—Por eso deseaba que tuviera en su casa la mayor tranquilidad posible; he estado poniendo al corriente a mi sucesora, la señorita Kearny, que actualmente está en la sección correspondencia; es inteligente y ambiciosa, pero es natural que durante el primer mes se verá usted precisado a tener un poco de paciencia, hasta que la señorita esté completamente acostumbrada.

—Pero.... ¿Por qué se retira usted?—preguntó por fin el señor Hollinger tras un momento de indecisión.

—¿Es tan difícil adivinarlo? Yo creí que usted lo sabía. Me caso dentro de dos meses con David Ransome. El también estaba convencido de que usted se había dado cuenta.

—¿David Ransome? Pues me alegro muchísimo. Es un buen muchacho y no podía usted elegir nada mejor. Hace tiempo que he estado pensando en ascenderlo y aumentarle el sueldo. Voy a decidir hoy mismo. En cuanto a usted, señorita, sólo tengo elogios de su comportamiento durante los cinco años que ha sido mi secretaria y lamentaría su partida si no fuera por el pensamiento de la felicidad que la espera. Su regalo de bodas será un año de sueldo.

—¡Oh, señor Hollinger! Eso es demasiado, ¡parece un cuento de hadas!

—Pero, ¿cómo voy a hacer para arreglarme en la oficina sin usted?

—Es verdad que al principio me va a extrañar. Al cabo de cinco años estoy casi tan al corriente de todos los detalles como usted mismo; pero tengo la plena seguridad de que la señorita Kearny me reemplazará perfectamente.

—Ese es mi deseo—respondió Hollinger completamente aliviado.

Esa noche le dio la noticia a su esposa, cuando ésta lo acompañaba a su dormitorio.

—¡Ah! ¿Sabes? la señorita Keller se casa dentro de dos meses, con David Ransome, mi mejor vendedor.

—¡Roberto!—exclamó Margarita con el semblante transfigurado por la alegría.—¡Cuánto me alegro!

—Me parece que eso contradice en algo cierta idea que tú tenías, ¿verdad?—le dijo él en tono de broma.—Hace un año y medio que están comprometidos.

Margarita asintió con la cabeza y respondiendo a la primera frase de su esposo, admitió lealmente:

—Sí, es cierto.—Pero para que no fallara la tradición era menester que ella dijera la última palabra.—En seguida me dí cuenta que estaba enamorada de alguien, y naturalmente creí que sería de ti. Y así hubiera sido si no hubiese estado de novia con ese joven. Es lo único que la salvó.

ISABEL JORDÁN

(De *¿Cómo no?*)

